

ESCALA ESPIRITUAL O ESCALA DEL PARAISO

San Juan Clímaco

INTRODUCCION

1. La presente edición

Hace ya diez años publicábamos en esta revista (*Cuadernos Monásticos* X-1975-Nº 35 - pág. 459-472) una selección de la obra del gran solitario del Monte Sinaí, que titulamos "aforismos", por ser como piedras cortadas o entresacadas de una vasta y casi inabarcable cantera. El trabajo estaba basado en la traducción castellana de Fray Luis de Granada, del año 1562, refacción a su vez de la versión de Juan de Estrada o de la Magdalena y publicada como primicia de imprenta del Nuevo Mundo en el México de 1540, comparada minuciosamente con la edición griega del P. Mateo Rader s.j. y publicada en el tomo 88 de la *Patrologia Griega* de Migne.

Lamentábamos en aquel entonces que aún no existiese una versión castellana completa y moderna, ni aún una francesa de las mismas características. Afortunadamente un autor de la competencia del P. Plácido Deseille remediaba esta última carencia con una magnífica traducción francesa, "*L'échelle sainte de Saint Jean Climaque*", publicada en el Nº 24 de la Colección "*Spiritualité orientale*" de la abadía de Bellefontaine, año 1978. Siguiendo sus huellas, una monja benedictina del Monasterio de San Benito de Miralbueno Alto, Zaragoza, Sor Isabel Gil Almoda osb, nos hace ahora el regalo de la ansiada versión castellana completa. Dado el venerable precedente de la traducción del maestro Luis de Granada o.p., la Hna. Isabel Gil se apoya en lo posible en dicha obra, comparándola con la versión francesa de Deseille y con el texto griego de Migne. Como esta última parte del trabajo ha estado a mi cargo, puedo dar testimonio de que la revisión ha sido tan minuciosa y ardua como la realizada diez años ha con los "aforismos" climacianos.

Queda planteado el desafío para el que quiera conquistar el mérito mayor de una versión directa del griego (y ojalá según la edición del eremita Sofronio -Constantinopla 1833- que Deseille proclama superior a la de Rader-Migne), pero mientras tanto la versión de Sor Isabel Gil podrá prestar utilísimos servicios y valga aquí, a la manera de Sancho Panza, lo de "a falta de tortas, bueno es el pan".

En espera de que "Ediciones paulinas" de Buenos Aires publiquen la obra entera, "*Cuadernos monásticos*" se complace en dar como primicia y estímulo de lectura algunos peldaños de los treinta de que consta la "Escala" del abad Juan del Monte Sinaí.

2. El autor

De las noticias sobre la vida de San Juan Climaco que nos proporciona el monje Daniel de Raithu, extraemos que éste a la edad de 16 años ingresó al monasterio de Sta. Catalina del Monte Sinai, (575?), sometiéndose durante 19 años a la obediencia de un director espiritual. Al cabo de ese tiempo optó por la vida solitaria en un lugar llamado Tholas (Wadi, El Tläh) a unas cinco millas de la iglesia del monasterio de Sta. Catalina. Cuarenta años de soledad, abstinencia y oración forjaron en él aquella vigorosa personalidad de místico, poeta, sicólogo y líder que se trasluce en toda su obra y lo prepararon para seguir el llamado de la comunidad del monte Sinai a que fuese su higümeno o abad.

Fue entonces que Juan, abad del monasterio de Raithu, en la misma península sináitica, le rogó que cual nuevo Moisés pusiere por escrito la abundancia de su experiencia espiritual, sugiriéndole que se valiese para ello de la imagen de la escala de Jacob. Aceptó el higümeno con toda humildad y compuso los treinta capítulos o escalones de su "Escala espiritual" que, además de una fama inmortal, le valió el sobrenombre de "Climaco" (de "climax" = escala). La "Carta al pastor" que le sigue y que describe los deberes de un superior religioso, revela concomitancias con la "Regula pastoralis" de san Gregorio Magno, traducida al griego precisamente por el año 600. Si por otra parte identificamos al "abad Juan del Monte Sinai", al cual el Papa Gregorio le escribe su epístola XI en septiembre del mismo año 600, con nuestro Juan Climaco, tendríamos indicios de interesantes influjos mutuos entre estos dos gigantes de la espiritualidad que, el uno en Occidente, el otro en Oriente, representan como la síntesis final de la doctrina del monacato primitivo, en una época en que se acaba la Antigüedad tardía y se vislumbra la primera Edad Media. Escribe san Gregorio Magno al "abad Juan":

"Tú, que en la gran serenidad de tu quietud llevas la vida tranquila y estás en seguridad, como sobre una tierra firme, tiéndeme la mano de tu intercesión, a mí que estoy en el mar o más bien corro el riesgo de un naufragio" (P.L. 77, 1117 D - 1119 B).

Habiendo alcanzado una edad avanzada Juan renunció a su cargo de higümeno de Sta. Catalina en favor de su hermano Jorge y se retiró a aquella soledad que una vez calificara de "madre de oración, liberación de cautiverio, guardiana del fervor y escondida subida a Dios" (XI) y en la que pasó a mejor vida alrededor del año 650, cuando los musulmanes habían invadido ya la tierra de los apóstoles y profetas, la tierra de Jesús.

3. La obra

Los treinta grados o peldaños de la "Escala" que según su autor simbolizan los treinta años de vida oculta de Jesús, reproducen a primera vista diversos temas en parte un tanto deshilvanados, del repertorio de "vicios y virtudes", tan caro a la literatura monástica antigua. Vale la pena reproducir el panorama completo de este camino espiritual: 1. renuncia al mundo; 2. desapego o indiferencia; 3. exilio

voluntario; 4. obediencia; 5. penitencia o conversión; 6. recuerdo de la muerte; 7. compunción; 8. ausencia de cólera o dulzura; 9. rencor y olvido de injurias; 10. detracción; 11. silencio y charlatanería; 12. mentira; 13. acedia; 14. gula; 15. lujuria y castidad; 16. avaricia; 17. pobreza; 18. insensibilidad; 19. salmodia; 20. vigilia; 21. miedo; 22. vanagloria; 23. soberbia; 24. simplicidad; 25. humildad; 26. discreción; 27. quietud; 28. oración; 29. ausencia de pasión; 30. caridad.

Con todo, dentro de este conjunto, aparentemente heterogéneo, se pueden distinguir claramente las tres etapas clásicas del proceso de "deificación" o "santificación": 1. inicio de la vida espiritual (vía purgativa): grados 1 a 3; 2. lucha contra los vicios y adquisición de virtudes (vía iluminativa): grados 4 al 23; 3. La etapa más avanzada de la vida espiritual (vía unitiva): grados 24 al 30.

En toda su exposición el autor se revela no como un simple teorizador de las realidades espirituales, sino como alguien que entrega experiencias y convicciones muy personales. Igualmente no hay otro modo de comprender cabalmente su enseñanza si no es en actitud de discípulo, es decir, en práctico seguimiento. No siempre la tarea es fácil: el estilo de Clímaco a menudo es abrupto y enigmático y hay pasajes de exposición desordenada, incluso incoherente. Pero en compensación es imposible sustraerse al embrujo de su prosa majestuosa, sus fulgurantes acuñaciones de sentencias, su cálida y honda convicción de varón que ha vivido lo que dice, su sorprendente conocimiento de los abismos del alma humana, la elevación de sus puntos de vista, sin embargo siempre realistas y aterrizados.

También es verdad que Juan Clímaco no se reduce a transmitir lo propio, sino que al mismo tiempo revela su fidelidad a toda la tradición monástica anterior, captada con inteligente discernimiento. No en vano los griegos lo apellidaron también "Sjolasticós", que equivale a "culto", "instruido". Aunque cita expresamente tan sólo a Orígenes, Evagrio Póntico, Gregorio Nacianceno y Juan Casiano, en numerosos pasajes revela la amplitud de sus lecturas (p.ej. Isaías de Gaza y Gregorio Magno).

En Oriente la "Escala" ocupó muy pronto un lugar de preferencia entre las lecturas de los monjes, casi inmediatamente después de la Sagrada Escritura. Por medio del Monte Athos el solitario del Sinaí penetró también en las etapas de Rusia. En Occidente su éxito fue más lento, debido a que la primera traducción latina no aparecería sino alrededor de 1280. Pero a partir de entonces su influjo fue decisivo en las espiritualidades de la Cartuja, de la Camaldola y de los franciscanos espirituales. La primera traducción española aparece en 1504 en Toledo y la segunda es la ya citada del dominico Juan de Estrada, en 1540 en México. Veta aún inexplorada sería el reflejo de esta obra en los espíritus de la Hispanoamérica naciente. La refacción de esta traducción por Fray Luis de Granada abrió al Clímaco el campo del siglo de oro español y de allí pasó el transitado camino de ese siglo al siglo XVII francés, deudor en tantas cosas del XVI español (traducción al francés de Arnould d'Andilly e influjo en la congregación de san Mauro y en De Rancé).

En lo que se refiere a nuestro siglo me atrevería a pensar que el conocimiento y consiguiente influjo del universo climaquiano están recién por comenzar. El nos enseña la esencial permanencia de la naturaleza humana, por debajo y por encima de las vicisitudes históricas. Sus tentaciones, sus vicios, sus miedos aún son

los mismos que nos devela el solitario del Sinzi. Y así también lo son los remedios.

4. Bibliografía

J. Gribomont, *La Scala Paradisi*, Jean de Raithu et Ange Clareno, en *Studia Monastica* (Montserrat) II, 1960, 345.

I. Hausherr, *La théologie du monachisme chez Saint Jean Climaque*, en *Theologie de la vie monastique*, Paris 1961, pág. 385.

G. Couilleau, *Jean Climaque*, artículo en *Dictionnaire de Spiritualité* 8, 369-389.

Th. Merton, *L'échelle qui mène à Dieu*, en *Contacts* 21 (1969), pág. 128.

Ch. Yannaras, *Eros divin et éros humain selon saint Jean Climaque*, en *Contacts* 21 (1969), pág. 190.

P. Miquel, *Saint Jean Climaque*, en *Supplément à la Lettre de Ligugé* 1976, N° 178.

en castellano:

M. Matthei, *Selecciones de la Escala Espiritual de S. Juan Climaco*, en *Cuadernos Monásticos* 10 (1975), pág. 459.

C. Sorsoli, *Juan Climaco*, artículo en *Diccionario de espiritualidad* II, pág. 400.

5. La renuncia al mundo (apotagé o apôtaxis): primer peldaño de la "Escala".

El fundamento evangélico de esta exigencia primaria e imprescindible de toda la espiritualidad monástica lo suministran las palabras del Señor: "Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes y dalo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo y ven y sígueme" (Mt 9,21) y: "El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo y tome su cruz y sígame" (Mt 16,24).

No fue fortuito que estas palabras, escuchadas por el joven egipcio Antonio en la iglesia, fuesen el detonante de la vocación del santo y por ende de todos los que siguiesen vida de monje. Tan connatural era esta renuncia a la "conversatio" de los solitarios, que estos eran definidos como "renuntiantes" (en latín) o "apotaxó -- menoí", "apoctactitai" (en griego). Propuesta la doctrina de la "apotagé" fundamentalmente por Evagrio Póntico, Basilio Magno (Reglas breves N° 2, Reglas grandes N° 8) y Jerónimo, es llevada a su desarrollo clásico por Juan Casiano en su Tercera Colación sobre las "Tres renunciaciones del monje":

"La tradición de los Padres y la autoridad de las Sagradas Escrituras demuestran que las renunciaciones del monje son tres: la primera, corporal, consiste en despreciar todas las riquezas y bienes de este mundo; la segunda, en abandonar nuestras antiguas costumbres, vicios y afecciones del espíritu y de la carne; la tercera, en apartar nuestra mente de todo lo presente y visible para contemplar únicamente las cosas futuras y no desear más que las invisibles".

(Colac. III, 6)

El ejemplo bíblico de la renuncia para Casiano es Abraham, que sale de su tierra (bienes de este mundo), de su parentela (vida, costumbres y vicios anteriores), de la casa de su padre (recuerdo de este mundo visible). En cambio, Clímaco prefiere la figura de Moisés, incluso la de Lot, para ejemplificar la apotaxis.

Más tarde el Maestro y S. Benito sintetizarían este primer peldaño del abandono del mundo en la frase: "*Saeculi actibus se facere alienum*" (RB 4,20).

Concluyamos diciendo que sobre el tema que tratamos existe un estudio más autorizado del archimandrita Sofronio y publicado en la revista "*Studia patristica*" V (1962), 393, con el título de: "*De la nécessité des trois renoncements chez Cassien le Romain et Saint Jean Climaque*".

La numeración de los párrafos está tomada de la edición de Deseille y nos parece imprescindible, no sólo para poder citar más apropiadamente a Clímaco, sino para poder comprenderlo mejor, estructurando un tanto la opulencia de su pensamiento.

Mauro Mattei, osb
S. Benito de Llú-Llíu, Chile

PRIMER ESCALON: DE LA RENUNCIA AL MUNDO (APOTAGE)

1. Es conveniente que al comenzar a enseñar a los siervos de Dios partamos del mismo Dios. El, en su infinita e incomprensible bondad, quiso honrar a todas las criaturas razonables que él creó con dignidad de libre albedrío, y así unos son amigos suyos, otros fieles siervos, otros siervos inútiles, otros extranjeros y apartados de él, otros enemigos y adversarios, aunque impotentes.
2. *Amigos de Dios*, venerado Padre, nosotros entendemos —a pesar de nuestra ignorancia— que son aquellas sustancias intelectuales e incorpóreas que moran con él. Sus *siervos fieles* son los que sin pereza y sin cansancio obedecen a su santa voluntad. *Siervos inútiles* son aquellos que después de haber sido lavados con el agua del bautismo no guardaron fielmente lo que en él prometieron. *Extranjeros* son los que vemos vivir sin bautismo o con una fe equivocada. *Adversarios y enemigos* son los que, no contentos con haber sacudido de sí el yugo de la Ley de Dios, persiguen con toda sus fuerzas a los que procuran guardarla.
3. Dada la situación de cada una de estas personas, sería necesario un tratado especial para cada una; más no es nuestra intención tratar ahora de ellas, sino solamente de aquellos que merecen justamente ser llamados *fieles servidores de Dios*, cuya piedad me tiraniza y confianza me hace violencia. Extendamos, pues, nuestra torpe mano con una obediencia ciega y tomando de estos doctos la pluma de la palabra divina, mojémosla en la tinta de la oscura, aunque clara humildad, y con ella escribamos sobre la superficie lisa y blanca de sus corazones como en un pergamino, o mejor dicho, como en unas espirituales tablillas, las palabras de Dios, que son más bien divinas semillas.
4. De todos los seres dotados de libre albedrío Dios es la vida, de todos es la salvación: sean fieles o infieles, justos o pecadores, piadosos o impíos, de los

que están sometidos a las pasiones y de los que gozan de impasibilidad, de monjes o de seglares, sabios o ignorantes, sanos o enfermos, jóvenes o viejos. Esto es así, porque la comunicación de la luz y la vista del sol y la sucesión de los tiempos se ofrecen de igual manera a todos, pues "Dios no hace acepción de personas" (Rm 2,11).

5. *Impío* es el ser razonable y mortal que por su propia voluntad huye de la vida y considera a su Creador —el siempre-existente— como si no existiera.
6. *Inicuo* es el que violentamente tuerce el entendimiento de la ley de Dios para conformarlo con su deseo, y piensa que cree en Dios, profesando una herejía que es contraria a él.
7. *Cristiano* es el que trabaja, todo lo que al hombre le es posible, por imitar a Cristo, tanto en sus obras como en sus palabras, creyendo en la Santísima Trinidad con fe recta y exenta de error.
8. *Amigo de Dios* es el que ordenadamente usa de todas las cosas dadas por la naturaleza y exentas de pecado, y nunca deja de hacer todo el bien que puede.
9. *Continente* es el que puesto en medio de las tentaciones, trampas y agitaciones, trabaja con todas sus fuerzas por imitar la manera de ser del que ya está libre de todo eso.
10. *Monje* es un orden y manera de vivir de ángeles, estando sin embargo en cuerpo material y manchado.
11. *Monje* es el que en todo tiempo, lugar u ocupación se atiene solamente a los caminos y palabras de Dios.
12. *Monje* es una continua violencia y contradicción de la naturaleza y una vigilancia infatigable de los sentidos.
13. *Monje* es un cuerpo casto, una boca limpia y un espíritu iluminado.
14. *Monje* es un espíritu lleno de dolor, que, durmiendo o velando, tiene siempre presente la muerte.
15. *Huida del mundo* es un odio voluntario y negación de la naturaleza, para gozar de las cosas que están sobre la naturaleza.
16. Todos los que abandonan voluntariamente los bienes de la vida presente suelen hacerlo o por el deseo de la gloria futura, o por el recuerdo de sus pecados, o por amor a Dios y si no lo hiciéren por alguna de estas causas no sería comprensible su renuncia. Y así como fuere el fin de nuestra vida, así será el premio que recibiremos de Cristo, juez y remunerador de nuestros trabajos.
17. El que se retira del mundo para dejar la carga de sus pecados, trabaje por imitar a los que en las afueras de las ciudades están sobre las tumbas, llorando a los muertos, y no deje de derramar continuas y fervientes lágrimas y gemidos desde lo más profundo de su corazón, hasta que venga Cristo y quite la piedra del sepulcro (Jn 11,44), que es la ceguera y dureza de su corazón y libre a Lázaro (que es nuestra alma) de las ataduras de sus pecados y mande a los ángeles, sus ministros, diciéndoles: "Desatadlo de las ataduras de sus pasiones y dejadlo ir hacia la bienaventurada impasibilidad". Si no actúa así, su retiro no le servirá de nada.
18. Todos los que deseamos salir de Egipto y de la dominación del Faraón tene-

mos necesidad, después de Dios, de algún Moisés que sea mediador entre él y nosotros. Siendo para nosotros ejemplo de acción y contemplación, levante sus manos hacia Dios por nosotros, para que guiados por él pasemos el mar de los pecados y derrotemos a Amalec, príncipe de las pasiones (*Ex* 17,8-13). Por eso están muy engañados los que confían en sí mismos y creen que no tienen necesidad de un *guía*.

19. Los que salieron de Egipto tuvieron a Moisés por guía; mas los que huyeron de Sodoma, tuvieron un ángel que los guió (*Gn* 19,16). Los primeros, que representan a los que procuran sanar las pasiones de su alma con la cura del médico espiritual, son los que salieron de Egipto. Los segundos, que son los que huyeron de Sodoma, significan a aquellos que desean verse libres de las impurezas del cuerpo. Estos necesitan para ello la ayuda de un ángel o, por decirlo así, de un hombre que sea semejante a los ángeles. Porque según el grado de infección de las heridas tenemos necesidad de un enfermero o de un médico.
20. Los que vestidos de esta carne mortal desean subir al cielo, tienen necesidad de hacerse violencia con continuos e infatigables trabajos (cf. *Mt* 11,12); y esto especialmente al principio de su renuncia, hasta que su inclinación a los placeres y la insensibilidad de su corazón, sean trocadas en amor de Dios y en pureza, por medio de una compunción manifiesta.
21. Porque verdadero trabajo, gran trabajo será necesario y muchas penas secretas, ante todo para los que han sido negligentes, hasta que el perro de nuestra alma, acostumbrado a la carnicería y al gusto de los vicios, se vaya enamorando de la pureza y de la vigilancia, a fuerza de simplicidad, de mortificación de la ira y de diligencia. Sin embargo, ánimo, los que somos combatidos por las pasiones y aunque no hayamos alcanzado bastantes fuerzas contra ellas, confíemos en Cristo y con fe viva presentémosle humildemente la debilidad y enfermedad de nuestra alma y, aunque no lo merezcamos, obtendremos ciertamente su ayuda, si nos sumergimos sin cesar en el abismo de la humildad.
22. Sepán los que entran en esta hermosa, estrecha, dura y ligera batalla, que deben meterse en un fuego, si desean encender su corazón con el fuego del amor divino. Pruébese cada uno a sí mismo, para llegar a comer este pan celestial con hierbas amargas y a beber del suave cáliz con lágrimas, a fin de que esta milicia no se torne en su condenación. Si es verdad que no todos los bautizados se salvan, miremos con temor y atención, no corramos también este mismo peligro los que profesamos la vida religiosa.
23. Los que desean tener un firme fundamento de virtud negarán todas las cosas del mundo, las despreciarán, las pondrán bajo sus pies y las examinarán. Para que este fundamento sea sólido ha de tener tres columnas con que sostenerse, que son: inocencia, ayuno y templanza. Todos los que en Cristo son niños, han de comenzar a tomar ejemplo de los que son niños por la edad. En ellos no hay doblez, ni malicia, ni hambre insaciable de comer, ni avaricia del vientre, ni fuego de lujuria, ni un cuerpo inflamado de concupiscencia; pero a medida que se alimenten más, crecerán y conocerán aquel fuego.
24. Ciertamente es aborrecible que el que comienza lo haga con flojedad y blandura, porque suele ser esto indicio manifiesto de la caída futura. Por eso es muy provechoso comenzar con firmeza y ardor, aunque más tarde sea necesario disminuir algo este rigor. El alma que comenzó a pelear varonilmente y después se debilitó, con el recuerdo de su fervor primitivo se siente espoleada

al bien. De este modo no pocos renovaron su celo del principio.

25. Cuantas veces el alma, delatándose a sí misma, descubre que ha disminuido su inicial y bienaventurado y deseable fervor, investigue diligentemente por qué causa lo perdió y se arme contra ella con todas sus fuerzas y todo su celo, porque no podrá introducirlo por otra puerta sino por la que salió.
26. Los que renunciaron al mundo por un movimiento de temor son como incienso: al principio huelen bien y después vienen a parar en humo. Los que lo hicieron por interés de la recompensa son como ruedas de molino, que siempre dan vueltas alrededor de sí mismos y nunca avanzan. Pero los que dejaron el mundo por amor de Dios, desde el principio prenden fuego en su interior; y son como un incendio en medio de un gran bosque, dilatándose *más y más*.
27. Hay algunos que sobre piedras edifican con ladrillos y hay otros que sobre tierra levantan columnas; otros que caminan a pie, y una vez que entra en calor el cuerpo, más ligeramente caminan. El que lea entienda lo que significa esta parábola. (*)
28. Ya que somos llamados a Dios, que es nuestro Rey y Señor, corramos con alegría, no sea que el plazo de nuestra vida sea corto y nos encontremos sin fruto a la hora de nuestra muerte y muramos de hambre. Procuremos agradar a nuestro Señor, como los soldados al rey, porque después de la campaña nos exigirá una cuenta exacta de nuestro servicio.
29. Temamos a Dios, por lo menos como temen los hombres a los animales: que he visto algunos que querían robar y no se lo impedía el temor de Dios, pero lo dejaron de hacer por miedo a los perros que ladraban. Lo que no logró con ellos el temor de Dios, lo alcanzó el miedo a los animales.
30. Amemos al Señor por lo menos como amamos a los amigos. Porque muchas veces hay quienes que después de haber ofendido a Dios con sus maldades, no se apresuraron a recobrar de nuevo su amistad. Sin embargo, si han molestado a algunos de sus amigos, por muy pequeña que sea la ofensa, trabajan con toda eficacia, habilidad y esfuerzo, confesando su culpa, para reconciliarse con ellos y por medio de intermediarios les ofrecen presentes y regalos, a fin de recuperar su primitiva amistad.
31. Al principio de la *renuncia* no se adquieren las virtudes sino con trabajo y amargura, pero cuando hemos hecho cierto progreso, con muy poca tristeza o ninguna las practicamos. Y cuando nuestra mentalidad terrestre está ya absorta y vencida por el celo bueno, entonces obramos con gran gozo, diligencia y deseo y una llama divina.
32. Cuanto más dignos son de alabanza los que inmediatamente al principio cumplen los mandamientos de Dios con alegría y fervor, tanto más dignos de lásti-

* La oscura parábola ha tentado a fray Luis de Granada a aclararla con una explicación que no coincide enteramente con la que nos proporciona Deseille. Reproducimos esta última: "Algunos edifican sobre la piedra": ciertos monjes no construyen sobre el fundamento sólido de la vida cenobítica sino un edificio espiritual mediocre, por falta de coraje y determinación; otros quieren levantar sin demora el edificio espléndido del hesicismo y de la contemplación, pero sobre tierra, prescindiendo de los fundamentos de la humildad y de la obediencia; otros, en fin, comienzan humildemente bajo la guía de un padre espiritual y no dejan de crecer continuamente en su fervor".

ma los que, habiendo vivido mucho tiempo en la ascesis, los cumplen con trabajo y pesadumbre, si es que los cumplen.

33. No debemos rechazar o condenar las maneras de renunciar al mundo que parecen haber resultado por casualidad. Porque yo he visto a algunos ir huyendo y, sin pretenderlo, encontrarse con el rey en viaje; se juntaron a su cortejo y así entraron a su palacio y tomaron parte en su festín. Vi también caerse por descuido algunos granos de trigo de la mano del sembrador, que se apoderaron muy bien de la tierra y dieron mucho fruto. Vi también lo contrario. He visto a otro ir a casa del médico por un motivo cualquiera, y dejándose ganar por la cortesía de éste, ser tratado con ungüento y recobrar la vista de los ojos casi perdida. Así para algunos resultan más firmes y estables las cosas que suceden involuntariamente, que para otros las que hacen deliberadamente.
34. Nadie piense que por sus muchos pecados es indigno de la profesión monástica, ni se engañe con esta apariencia de humildad, cuando en realidad deja "inclinarse el corazón a la maldad" (Sal 140,4). Donde las heridas están podridas es señal de que es necesaria la destreza y habilidad del médico para quitar la infección. Porque no son los sanos los que tienen necesidad del médico.
35. Si un rey terreno nos llama a su servicio y a su ejército, no hay nada que nos detenga, ni buscamos excusas, antes, dejando todas las cosas, lo vamos a servir y a obedecer con gran alegría. Miremos con atención, no rehusemos obedecer, por nuestra pereza y negligencia al Rey de los reyes, al Señor de los señores, al Dios de los dioses, que nos llama a su celestial servicio, no sea que después no tengamos disculpa delante de su gran tribunal.
36. Puede ser que el que está entregado a las actividades del mundo dé algunos pasos, aunque con dificultad, porque tiene cadenas en los pies y anda con ellas, aunque mal y fatigosamente. El célibe retenido en el mundo solamente por los negocios, es como aquel que tiene esposas en las manos; pero podría, si quisiera, correr libremente a la vida monástica o solitaria; mas el que tiene mujer, es como aquel que está atado de pies y manos.
37. Oí una vez a unos negligentes que vivían en el mundo y decían: "¿Cómo podemos nosotros vivir la vida monástica, estando casados, encerrados en los negocios temporales?" Les respondí: "Todo el bien que podáis hacer, hacedlo: no ofendáis a nadie, no digáis mentiras, ni toméis lo del prójimo, ni os levantéis contra nadie, no queráis el mal para nadie, no faltéis a la iglesia, sed misericordiosos con los necesitados, no escandalicéis, ni déis mal ejemplo a nadie y contentaos con vuestra mujer. Porque si hacéis esto 'no estaréis lejos del reino de los cielos' (Mt 19,16-20).
38. Corramos con alegría y temor a este buen combate y no nos dejemos intimidar por nuestros enemigos. Porque ellos observan bien el rostro de nuestra alma, aunque nosotros no los veamos; y si lo ven acobardado y temeroso, toman armas más fuertes contra nosotros, sabiendo estos bellacos que tenemos miedo. Por tanto con gran ánimo tenemos que tomar nuestras armas contra ellos; porque nadie es poderoso para vencer al que valerosamente pelea.
39. Suele usar el Señor una maravillosa táctica con los que comienzan, y es suavizar el ímpetu de los primeros combates, para que no se vuelvan al mundo ante la grandeza del peligro. Por tanto, gozaos siempre en el Señor, todos sus servidores y tomad esto como señal de su llamada y de la piedad y misericordia paternal que tiene con vosotros.

40. Pero también sucede a menudo que el Señor, cuando ve las almas fuertes al principio, les prepara combates más fuertes, deseando coronarlas más pronto.
41. El Señor suele esconder a los hombres del mundo la dificultad —aunque mejor se podría llamar facilidad— en el combate. Porque si la conociesen no habría quien quisiera dejar el mundo.
42. Ofrece a Cristo los trabajos de tu juventud y en la vejez te gozarás de la riqueza del bien que hiciste y del tesoro de la impasibilidad. Las cosas que sembramos en la juventud, en la ancianidad nos alimentan y consuelan. Trabajemos con ardor en nuestra juventud y corramos con sobriedad, pues incierta es la hora de la muerte. Tenemos en verdad enemigos perversos, muy astutos y poderosos, invisibles e inmateriales, que nunca duermen; tienen el fuego en sus manos y se esfuerzan en incendiar el templo vivo de Dios.
43. Nadie cuando es joven escuche a los demonios, sus enemigos, que suelen decir: “No maltrates a tu cuerpo, no sea que caigas enfermo”; porque actuando de esta manera hacen al hombre muy blando y condescendiente para consigo. Y a esta edad apenas hay quien mortifique su cuerpo, privándose de alimentos abundantes y exquisitos. Porque una de las principales astucias de nuestro adversario es hacer blando y débil el principio de nuestra profesión, para que después el fin sea semejante al principio.
44. Ante todo debemos tener estos cuidados los que fielmente quieren seguir a Cristo: que busquen los lugares y las costumbres, las casas y los ejercicios más apropiados para ellos, según el consejo de los Padres espirituales y la experiencia de ellos mismos. Porque no a todos conviene vivir en los monasterios cenobitas, especialmente a aquellos cuya satisfacción está en comer y beber; ni todos pueden seguir la quietud de la vida solitaria, a causa de la irascibilidad. Mas cada uno examine detenidamente el estado que mas le conviene.
45. Tres estados y profesiones tiene la vida monástica. El primero es el de la vida solitaria, del atleta espiritual; el otro es el de los que se reúnen de dos o tres y viven en la soledad; y el tercero es el de los que viven en los monasterios, en comunidad y paciencia. “Nadie se desvíe, como dice el sabio, ni a la derecha ni a la izquierda” (*Prov* 4,27); mas “seguiremos el camino real” (*Núm* 20,17). De estos tres estados de vida monástica el segundo fue de mucho provecho para muchos. Porque ¡ay del solo, que si cae en la tristeza espiritual, en la somnolencia, en la negligencia o en la desesperación no hay quien lo levante! (*Eclo* 4,10). “Mas donde hay dos o tres reunidos en mi Nombre, dice el Señor, allí estaré yo en medio de ellos” (*Mt* 18,20).
46. ¿Cuál es el monje fiel y prudente, que guarde su fervor, sin dejar que se apague, hasta el fin de su vida y persevere siempre aumentando cada día fuego sobre fuego, fervor sobre fervor, deseo sobre deseo y celo sobre celo?

Primer escalón: tú que has puesto el pie no vuelvas atrás.

*Traducción de la Hna. Isabel Gil Almoda, osb
Monasterio de S. Benito, Zaragoza, España*